

DOS MAESTROS, DOS AMIGOS: FRANÇOIS LOPEZ Y RENÉ ANDIOC

Desaparecidos ya Jöel Saugnieux, Paula y Georges Demerson, Albert Dérozier y Lucienne Domergue, la muerte de François Lopez, el 5 de agosto de 2010, y René Andioc, el 14 de marzo de 2011, ha contribuido —infausta contribución— a adelgazar esa brillante generación de hispanistas franceses que tanto ha ayudado a perfilar los verdaderos contornos de la Ilustración española, tan necesitada de revisiones y tan urgida de aportaciones que fueran destruyendo los tópicos y prejuicios acumulados por la historiografía tradicional. Una generación que, al tiempo que ha culminado lo mejor de aquel hispanismo de *sustitución*, tan fundamental para iluminar nuestro borroso siglo ilustrado, ha dado paso a ese nuevo estadio de lo que se ha empezado a denominar, desde hace algún tiempo, hispanismo de *colaboración*, que ha venido a normalizar la relación entre la historiografía nacional y la desarrollada por el hispanismo internacional; éste abandonaba cierta actitud paternalista y tutelar, para integrarse de igual a igual en la gran corriente de los estudios históricos españoles y europeos.

De esa integración cómplice y amical fue testigo el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, cuando, de la mano del recordado profesor Caso, comenzó a dar sus primeros pasos a comienzos de los años setenta. Los dos, François Lopez y René Andioc, estuvieron entre los dieciochistas que quisieron unirse a nuestro proyecto como miembros asociados, y los dos han seguido estando con nosotros hasta el final de sus días, alentándonos con su cercanía y su disposición incondicional para atender cualquier requerimiento a participar en encuentros académicos, cursos de verano o lo que se les pidiera en cada caso. Por eso, su desaparición representa para nosotros mucho más que la pérdida de dos grandes maestros; porque a la vez que durante estos cuarenta años hemos ido viendo crecer sus iluminadoras trayectorias académicas y nos hemos enriquecido con ellas, hemos tenido el privilegio de compartir muchas horas de gozosa conversación, siempre vestida con su calidad humana e intelectual. Los dos configuran una imagen especular del horizonte investigador con el que estábamos comprometidos, y con los dos tenemos contraída una profunda deuda de gratitud.

Resulta difícil, en el ámbito de las influencias y de las deudas, disociar esas dos personalidades. Cada uno siguió su camino, pero la sombra de una misma comunidad de intereses los unió toda la vida.

Las contribuciones del François Lopez al proceso de desentrañamiento de los problemas de análisis histórico del siglo XVIII español fueron de una importancia capital y sirvieron para que muchos jóvenes investigadores españoles recorrieran sendas interpretativas que quedaban abiertas a estudios posteriores. En un memorable artículo publicado en el nº 3 del *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII* de 1973, «La historia de las ideas en el siglo XVIII: concepciones antiguas y revisiones necesarias», venía a resumir, sin agotarlas, las carencias historiográficas del dieciochismo hispano, alrededor de tres puntos que él consideraba especialmente llamativos. En primer lugar, la insuficiente y errónea periodización de las Luces en España; en segundo término, el olvido o escaso interés de los historiadores por las pervivencias y la insistencia en las rupturas, con respecto a épocas pretéritas, pareciendo que el siglo XVIII había hecho tabla rasa de todo lo que de positivo habían tenido períodos anteriores (la corriente erasmista, los avances científicos en el reinado de Carlos II de los llamados *novatores*); y en tercer lugar, Lopez advertía contra la tendencia que consideraba el XVIII español como un siglo fuertemente centralizado y unitario, casi monolítico, olvidando el potente factor de las peculiaridades regionales periféricas, sometidas a procesos socioeconómicos de distinto nivel (el norte cantábrico, Navarra, Aragón, Cataluña y Levante), difícilmente integrables desde una visión historiocéntrica de España.

La lucidez y oportunidad de estos planteamientos, que querían abrir un debate más amplio sobre los problemas no resueltos, o apenas entrevistos, en los estudios del XVIII español, mostraban hasta qué punto «la mirada del otro», la forma de enfrentar la comprensión de los hechos históricos por parte del hispanismo, en este caso mayoritariamente francés, estimulaba la apertura de nuevos caminos en la investigación y ofrecía perspectivas muy tentadoras a los especialistas. El artículo del profesor bordelés, leído antes en Dijon, se convertía en uno de los quiciales que restauraban las puertas de la investigación sobre el borroso siglo ilustrado en España.

No creemos que sea necesario enumerar aquí el enorme volumen de obra publicada por François Lopez. Sus libros, sus artículos, sus colaboraciones en congresos, en reuniones científicas, en conferencias repartidas por universidades españolas, europeas y americanas, están en los mejores centros de investigación del siglo XVIII español. ¿Cómo olvidarse de su gran libro *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIè siècle* (1976), de sus estudios sobre Marchena, León de Arroyal, Cadalso, Mayans, Normante, la *Sinapia*, Cañuelo o Feijoo, sobre la historia del libro en España, la imprenta, la edición, las lecturas y los lectores? En el merecidísimo homenaje que le tributó el *Bulletin Hispanique*, del que fue director desde 1989 hasta 2000 (vol. 104.1,

2002), puede verse el centenar largo de los títulos publicados hasta entonces, al que todavía habrían de sumarse unos cuantos más, entre otros, la *Historia de la edición y la lectura en España 1475-1914* (2003), que dirigió con Víctor Infantes y Jean-François Botrel y a la que aportó varios capítulos. Un enorme trabajo de análisis histórico, de reflexión sobre la historia cultural de España, las estrategias de difusión de las ideas, los préstamos intelectuales entre Francia y España, y tantas otras cuestiones que parecían de oscura resolución y que, ahora, nos aparecen diáfanas, clarificadas, con luz propia allí donde sólo había hipótesis de dudosa verificación.

Y en el nivel más puramente personal, su atrayente carácter, en el que se mezclaba una cierta timidez con una ironía viva y un sentido del humor que propiciaban la conversación amistosa, el consejo falto de presunción, las palabras de ida y vuelta en las tertulias, siempre amables, sabias y precisas. Con la desaparición del gran amigo de España que fue Lopez, escindida su personalidad en una tensión biográfica que nunca resolvió —probablemente porque no podía hacerlo— entre sus orígenes españoles y su larga adopción francesa, el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, ha perdido no un maestro (que esa condición la compartimos con todo el dieciochismo), sino un gran amigo.

En sus últimas voluntades, interpretadas sutilmente por su viuda Mònique, nos hizo partícipes de lo que constituyó su verdadera pasión de hombre y de intelectual comprometido con la verdad histórica: los libros. Él quiso que su biblioteca dieciochista viniera a enriquecer los fondos de la nuestra, ubicada en la universidad ovetense. Unos mil ochocientos volúmenes, aparte de las revistas especializadas y cientos de separatas de trabajos de muy difícil acceso hoy para los investigadores, que constituyen un depósito de gran riqueza bibliográfica.

A René Andioc, cuyos primeros trabajos sobre Moratín se remontan a principios de los sesenta, muchos lo conocimos a través de sus ediciones de Moratín —el *Diario* (1968), *El sí de las niñas* (1969)— y la *Raquel* de García de la Huerta (1970), y, cómo no, de su espléndida tesis doctoral, *Sur la querelle du théâtre au temps de Leandro Fernández de Moratín* (1970), vertida luego al español con el título *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII* (1976), un impresionante fresco de la dramaturgia española del setecientos tan admirablemente documentado como rico en valoraciones y sugerencias. Vendrían después otros muchos trabajos sobre el teatro y la literatura de la época de Moratín —muchos recogidos en el volumen *Del siglo XVIII al XIX. Estudios histórico literarios* (2005)—, la imprescindible *Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII* (1996), realizada en colaboración con Mireille Coulon, y notablemente ampliada en la reedición de 2008, nuevas ediciones de textos —*La comedia nueva* y el *Epistolario* de Moratín, *La familia a la moda* de María

Rosa Gálvez—, y, en fin, un crecido número de reseñas de libros y ediciones de textos del XVIII.

Para nosotros tiene particular significación la edición crítica de la traducción de la *Iphigenia* hecha por Jovellanos, a la que, respondiendo a nuestra invitación, dedicó muchos de sus mejores esfuerzos en el último tramo de su vida, y que salió publicada en los *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, n.º 20 (número monográfico *La «Ifigenia» de Jovellanos*) del pasado año 2010. Su introducción al texto son once páginas apretadas de erudición crítica y conocimiento de sus vicisitudes históricas. No podíamos tener un mejor introductor del número monográfico, y ello, cuando nos temíamos que su salud no era la más adecuada para enfrentarse con un compromiso que exigía por su parte muchas horas de trabajo y reflexión.

Otra de sus grandes pasiones, además del teatro, fue Goya, a cuya obra, y entorno social y cultural, consagró desde 1982 diversos trabajos, que hoy por fortuna podemos ver reunidos en el volumen *Goya, letra y figuras* (2008).

Expresión elocuente de la admiración y reconocimiento que ha merecido su obra, es el número monográfico que en homenaje suyo le dedicó la revista *Dieciocho* de la Universidad de Virginia (vol. 27.1, Spring, 2004); el homenaje debido, como certeramente escribe su director, David T. Gies, «a uno de los hispanistas dieciochistas que más nos han enseñado, que más nos han estimulado y que más nos han iluminado ese Siglo que llaman «de las Luces», palabras que nos resultaría fácil suscribir en todos sus términos, porque ciertamente en su obra se compendian los valores que hacen de un investigador referencia inexcusable para todos aquellos que transitan las líneas de investigación que él dejó abiertas.

En un año en que para nuestro Instituto el bicentenario de la muerte de Jovellanos ha supuesto un compromiso académico irrenunciable, nos resulta muy doloroso asumir con carácter definitivo la ausencia de quienes hubieran podido acompañarnos —y lo habrían hecho con cordialidad y eficiencia— en los muchos actos que fuimos programando en el transcurso del mismo. Por ello, en el momento de esta despedida, queremos decir adiós a los dos amigos dedicándoles el cálido recuerdo que merecen. *Laus Deo*.

ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA, INMACULADA URZAINQUI
Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII